

coincidir con el deber moral impuesto por el momento histórico (Benet, 1970e, p. 75).

Comprendemos de esta manera por qué Gimferrer comienza emparentando a Benet con Sánchez Ferlosio, Martín Santos y Goytisolo para, acto seguido, terminar afirmando su soledad tanto en el interior de su generación como en el contexto de la literatura española (*ibidem*, p. 46). De esta manera, comprendemos también que otros críticos que se han ocupado de la cuestión más que generacional de su ubicación literaria, como, entre otros, José Ortega (*ibidem*) o Gonzalo Sobejano (1970) terminen por considerarlo un fenómeno independiente, uno de los mejores elogios que se le puede echar a quien siempre fue un solitario corredor de fondo de la literatura.

Ahora bien, lo que no queda tan claro es que esta ubicación sea la mejor para algunos críticos. Hago esta afirmación, porque en el polémico artículo con que Isaac Montero (1970, p. 66) responde a las intervenciones de Benet en una sonada mesa redonda, se descuelga con las siguientes afirmaciones al respecto, que no sólo arrastran al suelo a Benet sino que también se llevan al Carlos Barral del artículo que he citado, a Salvador Clotas, a Eduardo G. Rico, a Terenci Moix, a Eugenio Trias, a Gustavo Bueno, con los que los emparenta y a los que unifica por su elitismo, formalismo, antimaterialismo, irracionalismo y abierta oposición a la poética del realismo: «La importancia —afirma en esta larga cita— de las *boutades* de Juan Benet en consecuencia —y quizá esto no le guste a un titulado del más pudoroso individualismo— se asienta en lo que en ellos hay de expresión colectiva. En la misma corriente, y con métodos de navegación parejos, se sitúan trabajos como los de Carlos Barral y Salvador Clotas en el anterior número de *Cuadernos* dedicado a la literatura de postguerra; o la postrera actividad editorial del mismo Barral en el terreno de la literatura española viva; o la antología de 'novísimos' y otros chispeantes ensayos de José María Castellet; o las gacetillas pseudocríticas de un Eduardo G. Rico; o muchos de los ejercicios del onanismo narrativo de Terenci Moix; en otros terrenos cabe encontrar los equilibrios metafísico-funambulescos de Eugenio Trias, libros como el de Gustavo Bueno, las actividades del editor Tusquets así como las correspondientes siembras de frutos epígonos hecha aquí y allá por los todavía difusos adláteres de todos ellos». Está claro que la por entonces insultante ubicación literaria e intelectual de Benet efectuada por Montero, dejaría de resultar tal en muy poco tiempo, por cuanto esos nombres y otros más, incluso escritores sociales que andan cantando ya sus palinodias, representan un nuevo mundo literario y de pensamiento dialéctico emergente en la España situada en la bisagra de los años sesenta y setenta.

Pero, puesto que me he referido a las dificultades comprensivas que emanan de una profunda inteligencia creativa que no se agota en la anécdota,

fecundada por la experiencia científica del ingeniero Benet, inteligencia que cabalga por larguísimos párrafos de compleja sintaxis y rico léxico, como decíamos, y que no ha querido ser nunca banal (Roig, 1975, p. 27), no podemos dejar de reconocer a Juan Benet sus esfuerzos reflexivos por hacer comprender, o mostrar/enseñar al menos, su concepción acerca del fenómeno literario y por dotar de medios comprensivos o deícticos al lector para que pueda estimar su obra con arreglo a un global proyecto creador. Por oscuro que parezca, en este sentido Benet es muy claro. De ahí que haya críticos que rechacen contundentemente las acusaciones de hermetismo que pesan sobre él —es el caso de Rodríguez Padrón (1979)— e incluso críticos que defiendan abiertamente la transparencia original del Benet ensayista, el que más nos interesa en esta ocasión, como es el caso de Rafael Conte (1991): «En cierta ocasión —afirma el conocido crítico—, ante esta carrera tan irresistible como en buena medida incomprensible para el gran público, y teniendo en cuenta la otra vertiente de la obra benetiana, la del ensayo —siempre sugerente, provocativo, original y transparente, aunque también discutible— me permití señalar una posible contradicción: es más fácil entender al Benet ensayista (...) que al novelista, que, pese a su dificultad, siempre suscita adhesión».

Pues bien, ahí quedan sus numerosos ensayos sobre literatura —no voy a referirme ahora al importante resto de su labor ensayística, donde, por cierto, también se dejan caer reflexiones sueltas en tono menor sobre lo literario—, muy especialmente *La inspiración y el estilo* (1966), «Ética, noética, poiética» (1970a), «Cordelia Khan» (1970a) y «La deuda de la novela hacia el poema religioso de la antigüedad» (1978), entre otros, y sus prólogos a su apreciado Faulkner (1970b) y a Sánchez Ferlosio (1970c), sus polémicos artículos-cartas abiertas (1970d, 1970e, 1974), y sus entrevistas y otros escritos sueltos que lo demuestran con generosa abundancia.

Estos ensayos y reflexiones se sustentan, como resulta obvio, en una concepción esencial de la literatura que viene a establecer finalmente determinadas normas de escritura/lectura más que a explicar «científicamente» los procesos de escritura/lectura desde una base disciplinar. Se trata, pues, de un tipo de actividad teórica que ha sido conceptualizado con el nombre de metatexto por W. D. Mignolo (1985, p. 12) y definido como aquel conjunto de enunciados en los que los practicantes de una disciplina la definen, trazan sus bordes externos e internos y sus rutas interiores. Aquí alcanza, pues, su sentido el entramado de reflexiones teórico literarias de Juan Benet, reflexiones de las que me he ocupado en «Verdad, ficción y estilo literarios en el pensamiento de Juan Benet», comunicación presentada al *VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica: Mundos de ficción* (Universidad de Murcia, en prensa).

Pues bien, efectuadas estas consideraciones de principio, vamos a pasar a echar una ojeada al panorama teórico-literario español en el que las reflexiones de Benet se insertan y cobran sentido. Para nuestro propósito, resulta de gran ayuda la caracterización general que de la teoría y crítica literarias españolas de la postguerra publicó Miguel Angel Garrido Gallardo (1982), caracterización que traslado literalmente añadiéndoles unos breves comentarios sobre Benet, quien establece cinco etapas en la configuración de la teoría literaria española de esos años haciéndolas coincidir con las cinco fases que del desarrollo político de este período establece Elías Díaz.

1) Etapa del predominio de la estilística que va desde 1940 hasta 1956, y en la que esta estilística, posiblemente gracias a su asepsia analítica —y cabría añadir por nuestra parte, a su inflexión teórica con respecto a las posiciones más netamente formales— puede estar en la calle en la inmediata posguerra sin posible competencia de las teorías con más incidencia en la crítica social, porque esta crítica es imposible y se intenta ejercer en la vida pública por otros cauces en la primera apertura del régimen (1951-1956). En este tiempo es cuando Benet publica *Max*, su obra de teatro de corte realista.

2) Etapa de florecimiento de la «crítica militante», que comprende desde 1956 a 1962 y que coincide con la búsqueda por parte del régimen de formas de gobierno «técnicas» que parecen no implicar problemas políticos. Estas posturas estarán vigentes todavía en el simposio sobre realismo de 1963, pero la inviabilidad de encauzar por este lado la crítica política se tornará evidente según avanza la etapa. Comienzan a apuntarse nuevos desarrollos literarios. La publicación por parte de Juan Benet de *Nunca llegarás a nada*, en 1961, es todo un síntoma al respecto.

3) Etapa de cultivo de los formalismos estructuralistas (1962-1969), que coincide con el triunfo en la vida pública de los intentos de crecimiento económico y asentamiento del régimen sobre bases de una cierta estabilidad jurídica. Ahora es cuando Juan Benet publica su primera y desapercibida edición de *La inspiración y el estilo*, en 1965, y cuando da a la luz la novela que le va a deparar el definitivo despegue y reconocimiento literarios, *Volverás a Región*, en 1968.

4) Etapa de la semiología y el crecimiento cuantitativo de los estudios de teoría literaria (1969-1975), posibilitado por el desarrollo económico más o menos consolidado; y del pluralismo ideológico de las claves teóricas, posible ahora por la tolerancia cambiante del poder en relación con la cultura. El Benet de estos años es el más activo desde el punto de vista del ensayismo y de las reflexiones literarias. Así, publicará importantes prólogos a Faulkner y Sánchez Ferlosio, polemizará sonoramente con los realistas, desacreditará a Galdós, publicará interesantes ensayos literarios en su libro *Puerta de tierra*, dará a la luz la segunda, ya sí leída, edición de *La*

*inspiración y el estilo*, intervendrá en el debate teórico y crítico con sus respuestas a la encuesta de Lázaro Carreter sobre literatura y educación, y escribirá un ensayo de ecos semiolingüísticos, *El ángel del señor abandona a Tobías*, que verá la luz en 1976. De todos modos, Benet rechaza la crítica contemporánea por su metodologismo y parasitarismo (1974, p. 205), algo en lo que voy a insistir a continuación.

5) Etapa de revisión de la crítica «tecnológica» (1975-1980), en que a pesar (o a partir) de desarrollos de las teorías del texto y la atención a la pragmática, está apareciendo una crisis de la conciencia tecnocrática de la crítica literaria, lo que hace que, sin abandonarse totalmente los instrumentos analíticos del estructuralismo y la semiología, se vuelva a poner de relieve la importancia que tiene la capacidad personal en la interpretación literaria, enlazándose así con los aspectos más positivos de las escuelas filológicas de principios de siglo. Es ahora, en 1978, cuando aparece su libro *Del pozo y del numa*, donde ensayo literario y creación se aúnan.

Los años siguientes de teoría y crítica literarias españolas, no considerados en esta clasificación, los correspondientes a la década de los ochenta, años en que Benet publica muchas de sus maduras obras narrativas, colecciones de artículos y ensayos de diversa temática, son años de desarrollo e institucionalización de la semiótica y sociosemiótica en España, son años de obligada revisión de posiciones, tiempo especialmente crítico tras el enorme y variado esfuerzo teórico desplegado, que supone a la vez, según se mire, tanto desarrollo como descrédito de la razón dieciochesca, al perseguirse una ciencia de la literatura de orientación totalizadora que relativiza las propuestas teóricas sólo contenidistas o sólo formalistas y al alcanzar nueva vida ciertas perspectivas irracionalistas que relativizan todo tipo de conocimiento. Ahora, las cuestiones relativas al estilo y a la estilística, corriente que ha huido, según Vázquez Medel (1987, p. 67), de toda vaguedad e impresionismo, quedan imbricadas en la semiótica como una parte de la misma, una especie de brazo práctico.

Como acabamos de ver, pues, la producción más importante de Benet en todos sus frentes viene a coincidir con las tercera y cuarta etapas establecidas previamente, etapas de renovación y superación de la precariedad teórica de la posguerra, tal como estudió brillantemente en su día Carmen Martínez Romero (1989), para quien esta neoformalista renovación teórica propició el debate sin demasiado rigor académico entre posiciones alternativas, debate al que Benet no fue ajeno. En dicho tiempo teórico y crítico, tiempo de divulgación y de desarrollo del estudio de la lengua literaria, al que también contribuyó a su modo el propio Benet; tiempo de negación de la problemática social-realista y sociologista y de búsqueda de nuevas perspectivas marxistas; tiempo de reacción contra las limitaciones de la